

## **Amor mío,**

He tardado en escribirte esta carta no por falta de amor, sino porque hay sentimientos que no caben en la prisa. Porque tú no eres una emoción fugaz ni un instante robado al tiempo. Tú eres un territorio entero. Un lugar al que se llega despacio. Y yo he querido que cada palabra naciera con la misma calma con la que aprendí a mirarte.

Te amo desde un lugar distinto al que se ama cuando se es joven. Te amo sin ruido. Sin urgencia. Sin miedo a perder. Te amo desde la certeza. Desde la conciencia de que el amor verdadero no irrumpe: **se posa**. Como la luz de la tarde sobre una mesa ya vivida. Como el silencio bueno que acompaña y no exige.

Amo tu edad. La amo con una gratitud que no sé disimular. Amo cada año que te ha traído hasta mí. Cada risa que aprendiste antes de conocerme. Cada herida que no se ve pero que te volvió más sabia. Amo tus manos porque cuentan historias sin hablar. Amo tus ojos porque no prometen eternidades falsas, pero cumplen presencias reales.

Cuando te miro no veo el paso del tiempo. Veo **la profundidad del tiempo**. Veo a una mujer que no necesita demostrar nada. Que no compite. Que no se disfraza. Una mujer que sabe cuándo callar y cuándo decir lo justo. Una mujer que ha aprendido que el amor no se suplica ni se persigue: se reconoce.

Contigo he entendido que el amor no es empezar de cero, sino **empezar de verdad**. No me ofreces una vida perfecta, me ofreces una vida honesta. Y eso, amor mío, vale más que cualquier promesa joven. Porque tú no me dices “para siempre” con palabras, me lo dices quedándote. Escuchando. Sosteniendo. Mirándome sin huir cuando la vida pesa.

Gracias por tu forma de estar. Por no necesitar grandes gestos. Por hacer del café compartido un ritual. Por convertir una tarde cualquiera en un refugio. Por enseñarme que el amor también es sentarse cerca sin hablar y sentir que nada falta.

Amo tu risa cuando aparece sin avisar. Amo tu seriedad cuando defiendes lo que importa. Amo tu cansancio honesto al final del día. Amo tu manera de amar sin invadir. Sin poseer. Sin exigir juventud a cambio de ternura.

Si supieras lo que siento cuando apoyas la cabeza y confías. Cuando me miras como si no tuviera que ser otro. Cuando me aceptas con mis silencios y mis torpezas. Me haces mejor hombre no porque me cambies, sino porque **me permites ser**.

No quiero prometerte lo imposible. No quiero jurar caminos sin piedras. Quiero prometerte algo más verdadero: que caminaré contigo mientras caminemos. Que cuidaré lo que somos. Que no daré por hecho tu presencia. Que no confundiré rutina con desamor. Que cada día elegiré quedarme, aunque el mundo insista en correr.

A tu lado he aprendido que el amor no rejuvenece el cuerpo, pero **ensancha el alma**. Que no borra el pasado, pero lo reconcilia. Que no elimina el miedo, pero lo vuelve habitable. Tú no me haces olvidar lo vivido. Me ayudas a entenderlo.

Gracias por llegar cuando ya no buscaba. Gracias por enseñarme que el amor no llega cuando se le llama, sino cuando se le reconoce. Gracias por existir como eres, sin máscaras, sin urgencias, sin disfraces.

Si alguna vez dudas, si el tiempo te pesa, si el espejo te miente, recuerda esto: **yo te veo**. Te veo completa. Te veo valiente. Te veo hermosa de una manera que no se marchita. Porque la belleza que amo en ti no se refleja: **se queda**.

Con todo mi amor.

Con toda mi calma.

Con toda mi verdad.

Siempre tuyo. Enrique